

se como definitivo frente a una expresión indómita que lo que peor tolera es la crítica formal.

Este curiosísimo libro editado por Ediciones Cátedra, comienza con un extenso prólogo, donde R. E. plasma minuciosamente su biografía. Biografía física, moral y estética, en estrecha ligazón con la historia de una España que él ha contemplado con ojos de espanto y a la que se encuentra frenéticamente vinculado.

Este prólogo jugoso, riquísimo en vocabulario, en símbolos, en imágenes, deja paso por fin al texto teatral propiamente dicho, a ese "teatroide" que procura ser "perversión de la técnica literaria" o "aborto de locura". "Pizzicato..." es una propuesta amplia, dividida en escenas individualizadas, con luz propia, pero perfectamente ensambladas en un todo dramático. Un descomunal manotazo a la burguesía y pequeñaburguesía; la sátira envenenada, la irreverencia hacia una circunstancia cotidiana, molesta, atacada sin respiro. Adelante el autor que su pieza debería ser representada en un lugar propicio, lejos, muy lejos de las salas convencionales, donde los espectadores (millones de espectadores) pudieran disfrutar durante largas horas de la fiesta teatral, de una romería popular a base de bocadillos, buen vino, imaginación, improvisación y participación sin fronteras. Y este teatro-fiesta, que es todo lo contrario de "la cosa culta", procura mover al espectador hacia una pequeña pero continua revolución —otra vez Artaud de pasada—, donde la risa y el llanto, lo onírico y lo pulcramente académico se pueden amasar para dar lugar a la belleza de lo inesperado, al absurdo del verbo. Y así, el gran y caótico juego se expande sin límites y da como resultado una pieza de teatroide negro, terrible y apasionado, donde la cabeza diminuta de la eterna tragedia española asoma tímida por entre los flecos del sarcasmo moleador.

Quizá sea éste uno de los textos que más luz pueda poner sobre la creatividad de Romero Esteo. Su lectura, al tiempo que sorprende y molesta, provoca la necesidad de un análisis profundo sobre la figura de un autor injustamente marginado y que en muy contadas ocasiones tiene oportunidad de exponer públicamente sus criterios. ■ MIGUEL A. MEDINA.

Conversaciones con Faustino Córdón

A finales de septiembre del año 73 se iniciaba una larga y fecunda tanda de conversaciones entre el escritor Antonio Núñez y

el biólogo Faustino Córdón. Ya estaba muy avanzada la redacción del primer tomo de la gran obra de nuestro biólogo "La alimentación", base de la biología evolucionista (Historia natural de la acción y la experiencia) (1). Y no cabe duda de que

(1) Ediciones Alfaguara, 1978.

la lectura de las conversaciones de Antonio Núñez con Faustino Córdón son la mejor introducción para una comprensión más cabal de un pensamiento biológico tan original y complejo como el que se desarrolla en "La alimentación", base de la biología evolucionista".

Pero en lo que antecede no se

ADIOS A LAS LETRAS

No estaba Federico

Ultimamente se celebran muchas cosas en Madrid, sin que vaya Federico. Nunca fue esquivo Federico. Al contrario, tocaba el piano en las reuniones sociales y viajaba a veces como viajan los reyes, sin maleta, esperando la generosidad de la habitación visitada.

Federico no asistió, por ejemplo, a la presentación que Ian Gibson y Francisco Umbral hicieron del libro de Ian sobre el asesinato de Federico. Federico debía estar ocupado revisando otras invitaciones, arreglando otros brocados literarios, comiendo otros pasteles. Además él sabe cómo le asesinaron, para qué demonios iba a acudir al escenario de un nuevo relato de su tragedia. El, además, habrá conocido la primera versión que Ian Gibson hizo de la crónica del asesinato, así que también se conocerá el texto de la refundición, revisión, ampliación acometida por el brillante historiador irlandés.

Federico, por otra parte, conocía el texto de la carta que en el acto de presentación del libro leyó Francisco Umbral, que es el mejor medium literario de la actualidad en España. Caro Baroja se comunica con sus antepasados —los antepasados de Caro Baroja son incontables— a través de sus dibujos etnográficos. Umbral lo hace a través de la escritura de sus nombres: una comunicación más directa y más irreverente, porque Caro se comunica en plan cuneiforme, en plan originario. La última vez que se comunicó Umbral con un antepasado fue con Baudelaire, que era familia suya, por parte de Valladolid, y lo hizo utilizando un relato erótico-cuneiforme, no a través de la fumadera de opio, que es lo que seguramente esperaba el poeta franco-vallisoletano.

Federico lo hubiera pasado bien en la presentación de Ian Gibson y de su libro. Umbral leyó con esa voz que él se saca de la butanda para decir las buenas tardes y para epatar a Martín Ferrand, mi adorado amigo cultural de las teleondas. Gibson se emocionó como un niño grande con puro y me pedía a voces que me quedara para apoyarse en mi hombro la mano agotada de tanto firmar autógrafos. Estaba el hombre que no cabía en sí, mezclado con aquella fauna latina en la que de todo hubo, menos pandas, que no son latinos, sino extraterrestres. Estaban, por ejemplo, Pablo Castellano, que mira como esos toreros des-



Ian Gibson.

confiados hacia un tendido de sombra donde se halla su amor imposible, el que desaparece al final de la corrida. Y estaba Pilar Brabo, mirando con esa cara mediterránea, recuperada del susto que le dio Solemasa cuando por perdida ya la dio. Y Rafael Abella, ejemplar planetario asomado a Madrid desde Barcelona para confirmar que, en efecto, pasó el diluvio y García Lorca sigue vivo. Fue una noche emocionante la que Federico se perdió, con aquel jardín libresco de la Antonio Machado poblado con canzas del porvenir.

Federico tampoco estuvo en la recepción que el Rey les dio a los escritores en el palacio de la Zarzuela el día 23 de abril, cuando los intelectuales conmemoraron la muerte al unísono de dos genios: Miguel de Cervantes y Guillermo Shakespeare. Por allí andaba Dámaso Alonso, satisfecho como un niño joyciano después de haber obtenido los cinco millones de su premio, aunque el hombre tuvo la generosidad de darle un pelo a la Academia, que es como su hija menor. Muchos escritores en aquella recepción. "¿Y qué hago yo donde están Vizcaino Casas y Angel Palomino?", comentó Federico, y se quedó a pasar la tarde con Juan Cueto, que le contó cómo el Gijón, a pesar de los efebos que mantiene, perdió la Liga ante una especie de contubernio austro-holandés. Le comentó Federico a Cueto: "Juan, es que yo en esas reuniones siempre me extraño de llamarme Federico, y no voy. No voy. ¿Cómo quieres que te explique que no voy?". ■ SILVESTRE CODAC.